

EL CUARTO EVANGELIO Y LA MISIÓN DE LA IGLESIA

Por Lic. Roberto Tórriz

Pastor de la Unión Cristiana Evangélica de Bolivia

Sin duda, cada uno de los libros que componen la Biblia tienen su insustituible aporte en la edificación misionológica. Nadie que lea los evangelios puede negar que Juan tiene una manera particular de relatar los acontecimientos ocurridos en la vida de Jesús. Desde un comienzo el autor está interesado en presentar a Jesús como el que viene de arriba con una misión. Consideremos tres aspectos que presenta Juan sobre la misión de Jesús.

I. Una misión encarnadora.

“Y aquel verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros” (Juan 1:14). Juan comienza con la encarnación y presenta a Jesús como Dios venido en carne, el Salvador de los hombres, identificado plenamente con la humanidad. El término “encarnación” es de significativa importancia dentro de la teología, especialmente cuando está referida al contexto de la misión. El Logos tomó la decisión de identificarse con el hombre para la realización de su proyecto. El término “carne” en este contexto significa “todo hombre”, es decir “se hizo a sí mismo hombre” tomando las características propias de la humanidad como un canal para la comunicación con los hombres, atendiendo en primera instancia a su misión salvadora incluyendo las implicaciones sociales de esta acción[1]. La frase “habitó entre nosotros” es importante porque guarda relación con la acción de YHWH (Yahweh) de acampar en medio de su pueblo y que designa la presencia de Dios. Esto significa que la presencia divina que habitó entre las tribus de Israel y que se manifestó con gloria en el tabernáculo de Moisés (Éxodo 25:8; 40:34) y en el templo de Salomón (1 Reyes 8:10), se ha hecho presente ahora en la tierra en forma humana. La encarnación de Cristo, seguida por una acción de identificación con las realidades concretas del pueblo de Israel, nos lleva a consideración de una pauta hermenéutica para la comprensión del papel de la iglesia evangélica actual en la obra misionera[2].

II. Una misión reveladora.

El efecto de esta encarnación es revelador, “a Dios nadie le vio jamás, el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Juan 1:18). A través de este evangelio podemos notar que el propósito de la venida de Cristo fue para que la humanidad pudiera conocer a Dios Padre, de hecho Jesús declara que la vida eterna es conocer a Dios, “y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3). Este evangelio muestra la preocupación de Jesús por llamar la atención sobre el Padre, subrayando fuertemente la iniciativa del Padre en la obra de salvación de los hombres. En el origen de la misión de la iglesia está el designio salvífico del Padre[3]. Al encontrar las raíces teológicas de la misión, Juan obliga a la iglesia a mirar más allá de la mediación de Cristo y del Espíritu Santo, al amor eterno del Padre para con la humanidad caída.

III. Una misión salvífica.

El pensamiento central del cuarto evangelio es naturalmente la misión de Jesús. La expresión “El Padre me ha enviado” es casi una fórmula en labios del evangelista. Los aspectos que contemplan la misión de Cristo son tan amplios como la cristología juanina. Su teología misionera Juan la contempla y bebe en el rostro de Jesús y que nos revela el amor universal de Dios (Juan 3:16), la cruz es el supremo momento del amor y de la misión, Jesús es “el enviado” para revelarnos ese amor (Juan 6:38-39). Su misión no sólo es colmar las esperanzas de Israel, sino revelar a todo el mundo el rostro oculto de Dios (Juan 1:18), él es el salvador del mundo (Juan 4:42), la luz del mundo (Juan 8:19), el cordero que quita el pecado del mundo (Juan 1:29), el pan que da vida al

mundo (Juan 6:51). En Jesús se encuentran, pues, la presencia viva de Dios y los anhelos de la humanidad[4]. La Misión de la iglesia según el Evangelio de Juan está basada en la misión de Cristo, él es el modelo a seguir, Jesús nos dice: “como el Padre me envió, así también yo os envío” (Juan 20:21). Nuestro trabajo misionero no puede verse como algo independiente de Jesucristo, del Padre y del Espíritu Santo, nuestra dependencia de Dios para hacer la obra misionera debe ser total.

[1] Freddy Guerrero, “Misión y ética social: una perspectiva bíblica”. *Boletín Teológico*. N° 56, diciembre 94, pág. 223.

[2] Ibid, pág. 224.

[3] Obras misionales pontificias. *La Misionología hoy*. Navarra, España. Editorial Verbo Divino, 1987. Pág. 204.

[4] Ibid.

Para encontrar más artículos escritos para FAM, busque en la página web www.famiter.org

Usado con permiso.

ObreroFiel.com – Se permite reproducir este material siempre y cuando no se venda.